

De los libros aburridos

Escribe: **NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA**

Fue el escritor uruguayo, don Pedro Erasmo Callorda, quien hubo de realizar hace años peregrinaje bien piadoso por tierras de la Mancha en pos de un pretendido testamento de don Alonso Quijano, escrito de su puño y letra por este hidalgo generoso a quien los vecinos de su lugar llamaron el Bueno. Compuso don Pedro Erasmo su fantasía con afecto del mejor y dio a conocer un día una de las más raras muestras de devoción hacia *Don Quijote* de todas cuantas hayan salido de americana pluma hasta la fecha. En la introducción de su opúsculo dejó escrito lo siguiente, con lo cual se adivina muy bien el grado de ese afecto: "Ele- vé una oración al cielo para dar gracias por haberme concedido la dicha de visitar la santa tierra donde don Quijote inmortalizara la raza por los siglos de los siglos".

No podía el manchego aspirar a una más pura manera de afecto entre descendientes de sus hermanos en esta parte del mundo como la que en esas palabras se expresa. Sin embargo, no todo ha sido al cabo de los años mullido lecho para el asendereado caballero en

la opinión de las gentes hispano-americanas y aquí tiene usted, nos dice en su biblioteca don Luis Villagómez mostrándose estupefacto y melancólico, el concepto dado por la señora María A. Carbonell de Grompone, uruguaya también como Callorda, en la cuarta mesa redonda del segundo seminario latinoamericano sobre Dislexia realizado en Montevideo en julio de 1965. Tomamos en las manos el *Boletín* número 155 del Instituto Interamericano del Niño donde aparece publicado el concepto que ha puesto tan desasosegado a don Luis y allí leemos con viva y desagradable sorpresa lo siguiente: "...Para otros niños la lectura es un aburrimiento y la causa principal de esta actitud puede ser que hayan tenido a su alcance solamente libros inadecuados para ellos, por el contenido, por la manera de estar escritos y aun por su excesivo volumen. ¿Cuántos lectores habremos perdido por haber puesto demasiado tempranamente en sus manos libros tales como *Don Quijote de la Mancha*? Quizás no los hayamos perdido totalmente como lectores por su ingreso a los lectores aburridos, pero sí los hemos

perdido para el *Quijote* y en cuanto a él, forma parte de este grupo". ¡Ah de la buena doña María y qué bien se hubiera hallado ella en la compañía de don Pedro Erasmo, su paisano, por tierras de la Mancha! Lo curioso es que quien de esa manera clasifica al *Quijote* entre los libros aburridos y causante de que haya niños que tomen aversión por la lectura, dice antes de consignar el ex-abrupto y refiriéndose siempre al tema de su ponencia que es el de las variedades de lectores retardados, que esos niños o sus orientadores no parecen haberse dado cuenta de "la formidable arma de sustitución de la experiencia" que es la lectura.

Muy claramente se echa de ver que la señora Carbonell de Grompone conoce tanto a *Don Quijote* como el eclesiástico que un día se sentó con él a manteles en casa de los duques y solo quiso saber de su vida para denostarlo. Si es verdad que la lectura puede suplir en muchos casos a la experiencia, como aquella misma señora delegada lo corrobora, ¿qué libro hay más lleno de enseñanzas, dice don Luis en tono vehemente, que el de Cervantes, inmortal? ¿Y cuál más entretenido ni más católico? Dígalo si no el mismísimo Sancho cuando encarece las virtudes de su amo y dice de él que "tiene un alma como un cántaro; no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos; ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día", razones todas por las cuales lo quiere él como a las telas de su corazón. Léanlo de todos modos los niños, antes de hacer la primera comunión, en una de esas bonitas ediciones hechas para ellos siempre fáciles de adquirir, omitidos en sus páginas los voca-

blos de gruesa artillería de que tanto gustan los del pueblo cuando están airados. Con los años lo agradecerán grandemente y habrá muchos que hagan de él su libro de cabecera. Y aprenderán, de paso, contra lo aseverado en el seminario sobre Dislexia reunido en Montevideo, que todo podrá ser menos que el *Quijote* sea libro clasificado entre los aburridos. Por no serlo, puede él contribuir como el que más a despertar en tierna edad un amor perdurable por los libros en general.

Esto de los libros aburridos no es cosa que pueda generalizarse. Aquel que tiene tal condición para unas personas, no la tiene para otras y es por esto por lo que no puede asentarse como una premisa una apreciación semejante. A quienes solo se mueven entre las letras de cambio, será difícil hacerles entender otra cosa cuando sostienen, en términos generales, que un libro de poesía entra para ellos en la clase de los aburridos. Muéstresele por el contrario a un poeta el libro de Heinz Stowe sobre *Econometría y teoría macroeconómica* o el de Pedro Gual Villalbí sobre *Política del consumo* y huirá de él como de algo que en su opinión solo sirve para penetrar con paso seguro en el reino de Morfeo. A unos consuela *Kempis*, a otros *Marco Aurelio* el estoico; a estos les distrae sobre manera el modo de los relatos policíacos y a aquellos nada hay que pueda hacerles cambiar su preferencia por los libros de historia novelada al estilo del que trata de la reina Berenice, mujer venerada y aborrecida.

A ninguno de estos grupos, en cuanto se refiere al sentido exclusivista de las preferencias demostradas por cada uno de ellos, per-

tenecerá jamás un bibliófilo que lo sea de veras. No hay libros aburridos para él, a quien siempre se verá compartir su amor por los más heterogéneos en edad, dignidad y gobierno, como suele decirse. Quizá por eso y a causa de las características especiales con que suele acompañar su ejercicio espiritual, verá él con no poca frecuencia confundido ese amor con la simple manía de quien guarda los libros como si fuesen curiosidades de museo. Y en verdad que el engaño surge fácil de la sola apariencia. ¿No es, acaso, buen indicio para tal confusión el ver cómo un libro cuyo tema no encaja con las convicciones de su dueño, se vuelve objeto de sus preferencias solo porque él fue editado en forma peregrina por algún reputado y solitario impresor? Gran virtud es esta para quien ha nacido con ella y sabe cultivarla, no importa que ejercitándola pueda resultar convertido en un erudito de muy poco recibo en estos tiempos en que prima la especialización.

Hechas las consideraciones anteriores, nos asaltó de pronto la tentación de hurgar un poco en la opinión de don Luis por ver si en él se cumplía aquello de que no hay regla que no tenga sus excepciones. ¿No podría ser él un bibliófilo a quien parecieran aburridos algunos libros? ¿De qué clase serían estos? Acercándonos, pues, con suma discreción a la parte de su biblioteca donde tiene colocados, en no pequeño espacio, los libros de monografías de las ciudades colombianas, dirigiéndole una mirada interrogadora... No crea usted que estos son de los aburridos, nos dijo con celeridad. No dudo que haya quienes los consideren así, agregó él como para explicar mejor su propio punto de vista. En

cuanto a mí, veo en ellos como la partida de bautismo de la ciudad a que se refieren. Esta declaración de don Luis nos hizo ver que el bibliófilo se arma de un sexto sentido para apreciar los libros, de que carecen por completo quienes solo se limitan a buscar en ellos, con bien interesado empeño, la información de compromiso, el exigente y premioso dato. La lectura de algunas de esas monografías resulta en extremo regocijada, anota don Luis. Las leyendas, los sucesos triviales ocurridos en los años inmediatos a cada fundación, tienen allí su parte destacada. Y como muchas de ellas han sido escritas con devoción filial que no iguala ni se aproxima en intensidad a la información histórica que allí debe imperar, resultan no pocas de esas monografías convertidas más en verdaderas curiosidades bibliográficas que en obras de consulta obligada.

Observemos cómo declaraciones semejantes a la formulada por aquella distinguida señora del Uruguay se hacen precisamente en el momento en que se produce una excesiva proliferación de cuentos fantásticos para los niños, de solo dibujos, con ausencia total del estilo narrativo. No nos extrañemos, pues, nos dice don Luis para terminar, si hay en estos malaventurados tiempos que corren quién diga que el inocentísimo *Don Quijote* es, entre los personajes de la literatura universal, el más apto para aburrir a los niños, a esos mismos niños que, si él viviera, podrían hoy hacerle entender que es de noche en la mitad del día, como dijo del manchego su fidelísimo escudero. Y si a esa clase de declaraciones se suman otras iguales y a esos cuentos fantásticos se

agrega el crecido número de películas corruptoras con el no menos grande de episodios cursis diariamente emitidos por la radio en nuestro país, para no referirnos sino al medio nuestro, llegaremos fácilmente a la desoladora conclusión de que el número de jóvenes lectores colombianos disminuirá en

forma cada vez más notoria, al menos en cuanto hace relación con las obras clásicas de la literatura universal. ¡Cuánto bien podrían hacer, por el contrario, quienes se propusieran estimular el amor hacia los buenos libros que llevan intrínseco en su estilo el conocimiento del idioma que nos es propio!